



# Boletín de la Provincia de Cristo Rey

**Año 3 - N° 24 - Marzo 2007**

Algunas ideas del Mensaje de Benedicto XVI para la Cuaresma nos sirvan de marco inspiracional: «Mirarán al que traspasaron» (Jn 19,37). “Dirijamos nuestra mirada a Cristo crucificado que nos reveló plenamente el amor de Dios. En la encíclica *Deus caritas est* destaqué las dos formas fundamentales del amor: el agapé y el eros.

*El término agapé indica el amor oblativo de quien busca exclusivamente el bien del otro; la palabra eros denota el amor de quien desea poseer lo que le falta y anhela la unión con el amado. El amor con que Dios nos envuelve es agapé. ¿Acaso puede el hombre dar a Dios algo bueno que él no posea ya? El amor de Dios es también eros. En el Antiguo Testamento el Creador del universo muestra hacia el pueblo que eligió una predilección que trasciende toda motivación humana. El profeta Oseas expresa esta pasión divina con imágenes audaces como la del amor de un hombre por una mujer adúltera (Os 3, 1-3). El eros forma parte del corazón de Dios: el Todopoderoso espera el sí de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa.*

*En el misterio de la cruz se revela plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pagar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. En la cruz se manifiesta el eros de Dios por nosotros. ¿Qué mayor «eros loco» que el que impulsó al Hijo de Dios a unirse a nosotros hasta el punto de sufrir las consecuencias de nuestros delitos como si fueran propias? En la cruz Dios mismo mendiga el amor de su criatura: tiene sed del amor de cada uno de nosotros”.*

El Boletín de la Provincia de Cristo Rey les ofrece un subsidio de reflexión del P. Felicísimo Martínez OP para el tiempo de Cuaresma en preparación a la Pascua :

## *La Vida Religiosa en la actualidad y la Pasión de Cristo*

- *Pasión por Cristo o apasionados por Cristo*
- *La pasión que no es de Cristo hoy en la vida religiosa*
- *La pasión de la vida religiosa en la actualidad y la pasión de Cristo.*

## LA VIDA RELIGIOSA EN LA ACTUALIDAD Y LA PASIÓN DE CRISTO

El Evangelio de Mateo describe así la muerte de Cristo: *“Jesús, entonces, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu. En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo, tembló la tierra y las rocas se rajaron. Se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron...”* (Mt 27,50-52) Lucas añade que vino una gran oscuridad sobre la tierra (Lc 23, 44). ¿Hay algo más parecido a la descripción del caos? Sólo falta la alusión al espíritu del Señor aleteando sobre el caos, como hace el Génesis (Gn 1, 2), pero los evangelistas lo suponen y nosotros, también. El evangelista Mateo refiere enseguida la reacción del centurión: *“Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios”* (Mt 27, 54). Esta reacción sólo puede ser obra del Espíritu. Como afirma Pablo, *“nadie puede decir Jesús es el Señor sino por influjo del Espíritu Santo”* (1 Co 12, 3).

Quizá la pasión de Cristo, que está en el corazón del carisma de los Pasionistas, sea una excelente y muy realista imagen o metáfora para interpretar y comprender el momento actual de la vida religiosa. Eso sí, hay que estar muy atentos para que no falte el Espíritu en este caos; de lo contrario, este caos puede llevarnos a la pasión sin sentido, al sufrimiento sin esperanza, al anonadamiento sin exaltación.

El lema del Congreso sobre la Vida Consagrada celebrado aquí en Roma el 2004 fue *“Pasión por Cristo, pasión por la humanidad”*. Esas son las dos pasiones que definen la naturaleza y la misión de la vida religiosa, de la vida cristiana radical.

*La fidelidad a Cristo y la fidelidad a la humanidad* fueron las dos grandes fidelidades de San Pablo de la Cruz, Fundador de los Pasionistas.

El carisma específico y la espiritualidad peculiar de los Pasionistas tienen como núcleo central la Pasión de Cristo. *Pasionista* significa algo así como *“adicto a la pasión de Cristo”*. La pasión de Cristo fue un hecho humanamente dramático y teologal-mente lleno de significación y fecundidad para la humanidad. Pero, al mismo tiempo, se ha convertido en una excelente metáfora para definir la vida de los Pasionistas, y para definir lo mejor de una vida auténticamente cristiana o evangélica.

*¿Cuál fue la pasión de Cristo? ¿Qué hubo en ella de salvífico para la humanidad? ¿Qué hubo en ella de sufrimiento y qué hubo en ella de amor? ¿Por quién estuvo apasionado Cristo? ¿A quién amó? ¿Por quién sufrió?* Todas estas preguntas apuntan al corazón de la cristología, que se ocupa de conocer la persona de Jesús, el Cristo, y su significación reveladora y salvífica para la humanidad. Pero apuntan también al corazón del seguimiento, a la cristología actualizada en la comunidad de seguidores y seguidoras de Jesús. Esta cristología actualizada se ocupa de conocer y practicar la propuesta de vida que Jesús hizo a sus seguidores y seguidoras.

Estas son las preguntas irrenunciables para los pasionistas. *¿Cuál es vuestra pasión? ¿Por qué padecen en este momento? ¿Por quién padecen? ¿A quién aman? ¿Por quién están apasionados? ¿Qué hay en su pasión de mero sufrimiento y qué hay en ella de amor?*

Haré algunas reflexiones sobre la vida religiosa en la actualidad mirando al Crucificado, a la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, pero también mirando a la com-pasión que inspiró y

animó toda la vida pública de Jesús de Nazaret. El propósito último es responder a la siguiente pregunta sobre la vida religiosa en la actualidad: *¿Qué sufrimientos de la vida religiosa en la actualidad se pueden considerar fruto de la pasión por Cristo y la pasión por la humanidad y qué sufrimientos son el resultado o el fruto de otras pasiones?*

### **1. Pasión por Cristo o apasionados por Cristo.**

Antes de considerar la pasión y la muerte de Cristo en la Cruz, antes de mirar al Crucificado, podemos considerar la otra pasión de Jesús, su *pasión por la humanidad*; podemos mirar al Nazareno predicando y sanando durante su ministerio público. Sin duda son dos pasiones estrechamente relacionadas, o dos vertientes de la misma pasión: la pasión de Cristo por la humanidad, su estar apasionado, lleno de amor y de pasión por la humanidad. Pero la fuente de toda verdadera pasión, lo que dio especial sentido a la pasión en la Cruz fue precisamente la pasión de Jesús por la humanidad, su amor por la humanidad, su apasionamiento por la humanidad.

Antes de mirar al Crucificado para entender la Cruz o el sufrimiento de la vida religiosa, es preciso preguntarnos cuál es nuestra pasión, por quién estamos apasionados, si nuestra vida está inspirada por la pasión por Cristo y la pasión por la humanidad. En definitiva, es preciso preguntarnos *cuál es nuestro amor*.

Entre las muchas pasiones, positivas y negativas, que enumera Santo Tomás, señala el amor como la pasión primera y principal, la fuente de todas las pasiones positivas e incluso de aquellas que podrían llamarse negativas. El amor es la raíz y el motor de las demás pasiones y emociones, las que nos acercan a lo bueno y deseable o las que intentan

alejarnos de lo malo y desagradable (Suma Theologiae, I-II, 25, 2-4). El amor es la fuente del deseo, del gozo, de la esperanza..., que nos acercan a lo bueno y deseable. Pero es también la fuente indirecta del odio, de la aversión, del dolor y la tristeza, de la desesperación, del temor y hasta de la ira..., que intentan alejarnos de lo malo y desagradable.

Por eso es tan importante saber cuál es nuestro amor, por quién o por qué estamos apasionados. Preguntar por nuestro amor es preguntar por nuestra pasión. Si falta pasión, la vida religiosa no tiene sentido. Si su pasión es errada, la vida religiosa es un fracaso.

Una prostituta protagoniza la obra de teatro escrita por José Luis Martín Descalzo bajo el título "*Las prostitutas los precederán en el Reino de los cielos*". La historia de aquella mujer refleja bien la importancia de la pasión en la vida de las personas. En la habitación alquilada para ejercer su oficio hay un gran Crucifijo. Lo habían escondido allí los feligreses de la parroquia durante la guerra civil para salvarlo de la destrucción. La prostituta se ha encariñado con el Cristo, se ha apasionado por él, le reza todos los días con verdadero amor y pasión, se compadece de él, "*siempre clavado en esa Cruz*".

Pasada la guerra, los parroquianos localizan el gran Crucifijo y el párroco reclama por teléfono a la prostituta la devolución del mismo al templo parroquial. Ella contesta con una negativa firme: "*Mire usted, amantes tengo muchos, con ellos me gano la vida y por eso los necesito; pero amor sólo tengo uno -lo dice mirando al Cristo-, y nadie me lo va a quitar. Es el que da sentido a mi vida*". Impresiona la contundente afirmación de que su único amor, su única pasión es Cristo, el único que da sentido a su vida. Nadie se lo va a arrebatar.

¿Hasta qué punto nuestra vida religiosa está fundada sobre la pasión por Cristo? ¿Cuál es la fuerza y la intensidad de esta pasión? Esta fue la gran pasión que Pablo confiesa a lo largo de todas sus cartas. “*Para mí la vida es Cristo y la muerte una ganancia*” (Flp 1, 21), y por eso llega a exclamar: “¿*Quién nos separará del amor de Cristo?*” (Rm 8, 35-39). Esta fue la gran pasión de Pablo de la Cruz.

El P. Tillard, dominico canadiense, decía hace 30 años en una conferencia en Madrid: “*El problema fundamental de la vida religiosa no son los pequeños problemas de la pobreza, la castidad y la obediencia: el problema fundamental de la vida religiosa es el problema de la fe*”.

Entonces no lo entendí muy bien o no estaba de acuerdo. Hoy suscribo sin dudarle esa afirmación. Yo lo diría así: “*El problema de fondo de la vida religiosa no es un problema de disciplina o de moral; es un problema teológico*”.

El problema de fondo de la vida religiosa es un problema de fe, un problema de experiencia de Dios, de pasión por Cristo. Ciertamente el problema teológico o el problema de fe no es un asunto de intelección académica, sino de *pasión existencial*. No es un problema de nuestra incapacidad para comprender los hondos misterios de la Trinidad, de la encarnación de Dios, de la presencia eucarística, o incluso el misterio del mal o de la salvación de los no cristianos. Puede uno andar racionalmente perdido en estas cuestiones teológicas y seguir siendo un gran creyente. Es hora ya de distinguir con claridad la fe y la teología. Tampoco es cuestión de requerir fervor o emoción para garantizar la fe radical o la pasión por Dios. También es hora ya de distinguir la fe y el sentimiento religioso.

En la formación tradicional de muchas comunidades religiosas se confundieron con frecuencia esas dos cosas tan distintas: la fe y el sentimiento religioso.

La fe es mucho más consistente que el sentimiento religioso, y puede persistir y resistir, pura y desnuda, cuando el sentimiento, la emoción y el fervor desaparecen. Cómo diría San Juan de la Cruz, los ojos de la fe son capaces de “*saber la fuente que mana y corre, aunque es de noche*”.

Entendemos la fe como confianza, afianzamiento, firmeza en Dios. “*El Señor es mi fuerza, mi roca y salvación*”. “*Mi fuerza y mi poder es el Señor, él es mi salvación*”. Ésta fe constituye la verdadera radicalidad de la vida religiosa; ésta es la raíz que permite sostener este proyecto de vida, sobre todo cuando escasean las garantías humanas, como sucede en la actualidad. No es bueno confundir la radicalidad evangélica con acciones y gestos sensacionales y espectaculares, contaminados a veces con elementos ideológicos y ansias de protagonismo.

La fe entendida como confianza existencial es la verdadera base teológica de la vida religiosa. Esa es la fe como pasión. Es la fe que se alimenta más del amor que de las razones. Es la fe que se afianza más en el corazón que en la inteligencia, sin desprestigiar a ésta. Es una fe-pasión, una fe apasionada. Esta es la pasión por Dios o la pasión por Cristo, que da sentido a la vida y a la misión de los religiosos y las religiosas. De esa pasión brotan todas las demás pasiones cristianas en la vida religiosa, especialmente la pasión por la humanidad o la com-pasión con la humanidad.

Otros géneros de vida pueden tener sentido sin esta pasión por Dios o por Cristo. Pueden encontrar sentido en el matrimonio, la paternidad o la maternidad, la familia, los éxitos profesionales, la filantropía... Este género de vida, la vida religiosa, sólo se justifica y recaba sentido último en la fe, en la dimensión teológica, en la pasión

por Cristo y por la humanidad. Ésta es la pasión que proporciona sentido, y proporciona también estímulos y motivaciones para el seguimiento de Jesús y para las renunciaciones adyacentes.

En la vida de los seres humanos el problema del sentido es fundamental. Victor Frankl, el conocido psiquiatra vienés fallecido hace algunos años, afirma con toda contundencia al narrar sus experiencias en los campos de concentración: *“El problema fundamental del ser humano es el problema del sentido, no el problema del placer; sin placer se puede vivir, sin sentido sólo cabe como salida el suicidio.* Es una afirmación contundente, que da que pensar hoy y siempre a la vida religiosa, y a toda vida humana.

Pero, es cierto, en la vida no basta el sentido; es necesaria también la *“virtus”*, la *“dínamis”*, la fuerza, la motivación..., sobre todo cuando por medio hay exigencias radicales, renunciaciones a las pulsiones o los instintos más hondos de la naturaleza humana. Es el caso de la vida religiosa. No basta encontrar sentido a esta vida; hay que buscar recursos teológicos para vivirla con pasión. La fe aporta sentido y virtud. Con frecuencia creemos, pero no confiamos. Queremos pero no podemos. Nuestra fe está ahí pero es frágil, débil, vulnerable, quebradiza.

No es suficiente para sustentar las renunciaciones, el compromiso, la misión.... Probablemente es éste el drama de muchos religiosos y religiosas: queremos y no podemos (por ejemplo, queremos ser pobres, pero no podemos). Tenemos buena voluntad, pero frágil. Nos faltan recursos teológicos, para vivir con calidad, con pasión, para trabajar con compasión y misericordia. Nos falta pasión y compasión.

Una mirada al ministerio público de Jesús nos permite comprobar la importancia definitiva de su pasión central para su vida y su misión. Un hilo

conductor atraviesa toda la vida pública de Jesús: la pasión por Dios y la pasión por el Reino de Dios o el Reinado de Dios. Esa pasión da sentido a su vida y su misión.

Hoy la cristología insiste en que uno de los rasgos más seguros y sobresalientes del Jesús terreno es precisamente su singular experiencia de Dios, su singular e íntima relación con Dios como Padre, su pasión por Dios y su pasión por las cosas de Dios. Otro rasgo seguro y sobresaliente del Jesús terreno es su pasión por el Reino de Dios, o lo que es lo mismo su pasión por la humanidad, hasta dar su vida.

Estas claves de la vida de Jesús son las claves de nuestra vida religiosa, de la vida pasionista. Dicho de otra forma: las claves de la vida religiosa en la actualidad deben ser la fe-confianza en Dios y el celo apostólico o la pasión por la salvación integral de la humanidad.

## **2. La pasión que no es de Cristo hoy en la vida religiosa.**

Probablemente no le faltan pasiones a la vida religiosa -y no le deben faltar-, pero ésta ha de preguntarse si esas pasiones se parecen en algo o tienen algo que ver con la pasión de Cristo. Debe preguntarse por quién está apasionada, cuál es su verdadera pasión. No es lo mismo que esté apasionada por Dios y por la humanidad, o que esté apasionada por el consumismo y el individualismo

Algunas de las pasiones que animan -o distraen- hoy a la vida religiosa son sólo compensaciones para llenar vacíos molestos y dolorosos, para tapar la ausencia de pasión por Cristo y por la humanidad. Son como entretenimientos, compensaciones por los vacíos no reconocidos, ejercicios de supervivencia, formas de matar el tiempo, o de luchar contra la rutina, el aburrimiento, la

tristeza o la acedia monástica. En este sentido, la vida religiosa no es una vida apasionada, sino una vida sin pasión. Tiene unas pasiones desenfocadas, una pasión que no es la pasión de Cristo. Pablo llama la atención con frecuencia a aquellos cristianos que se dejan arrastrar por las pasiones del mundo -y no se refiere sólo al instinto sexual-

Esto no quiere decir que la vida religiosa esté hoy vacía de forma y vacía de misión. Sólo quiere decir que a veces está carente de alma; y esto es grave. Puede haber y de hecho se mantienen en la mayoría de las comunidades los elementos institucionales de la misma: oración personal, disciplina de grupo, estructuras y prácticas comunitarias, numerosos trabajos apostólicos.... Pero todos estos elementos no son suficientes si falta el alma de la vida religiosa, la experiencia radical de fe. A veces la existencia de esos elementos nos permite seguir despreocupados, sin el coraje de sincerar la situación, sin la valentía de reconocer la crisis de fondo, sin la pasión por Cristo y por la humanidad, y acumulando pasiones secundarias.

La cultura del bienestar es experta en incentivar estas pasiones secundarias y en oscurecer o anestesiar la verdadera pasión por Cristo y por la humanidad. Es una cultura dada al cultivo de las sensaciones o de los sentidos, e incapaz de cultivar el sentido. Hace olvidar la medida de las necesidades reales y alarga los deseos hasta el infinito, no hasta el Absoluto. Por eso, abunda en la sociedad del bienestar la parte más oscura y negativa de las pasiones, y falta la parte más luminosa y vital de la verdadera pasión por Cristo y por la humanidad.

Pasión significa también padecimiento, sufrimiento, dolor, tristeza. En este sentido podemos afirmar que la vida religiosa hoy está envuelta en una

intensa pasión. Pero no todo sufrimiento, dolor o tristeza... son necesariamente una prueba de fidelidad o un signo de estar haciendo el camino de Jesucristo, de seguir sus huellas. Hay sufrimientos y tristezas que acontecen precisamente por andar distantes del verdadero camino del seguimiento de Jesús. Esos sufrimientos no son ya pasión por Cristo. Por eso, es preciso estar muy atentos para no interpretar cualquier crítica, cualquier oposición, cualquier persecución... como prueba fehaciente de una vida religiosa profética, radical, fiel. Hoy se acude con demasiada facilidad a este argumento en la Iglesia: "*Hablan mal de nosotros y nos critican, luego estamos en el verdadero camino cristiano*". Es un argumento peligroso. La vida religiosa suscita hoy críticas y cuestionamientos, pero no siempre se deben a su calidad evangélica. A veces se deben a la falta de una vida verdaderamente evangélica.

La acedia monástica fue siempre la gran tristeza, el gran sufrimiento, el gran sinsentido en la vida religiosa. El monaquismo llamó así, no a cualquier tristeza pasajera, a cualquier crisis coyuntural. Llamó acedia a la tristeza honda, estructural, enquistada en el alma del monje o de la monja, del religioso o la religiosa. Ese es un sufrimiento dramático, una tristeza existencial, la pasión o el padecimiento más insoportable que puede acontecer al monje. ¿Tiene algo que ver esa acedia monástica con la pasión de Cristo? ¿A qué obedece esa tristeza enquistada en el alma del monje?

Esta acedia monástica no está hoy ausente de la vida religiosa. Y creo que obedece no precisamente a la fidelidad en el seguimiento radical de Jesús, sino a algunas carencias que han mermado nuestra calidad de vida. No hablo precisamente de la calidad de vida en los términos que lo hace la sociedad del bienestar y, sobre todo, la sociedad del mercado. No hablo de la falta de un

bienestar material legítimo, ni siquiera de la falta de unas comodidades añadidas en las cuales hoy la vida religiosa abunda. Hablo de una calidad de vida en el sentido evangélico. La ausencia de ésta obedece hoy a tres grandes carencias.

En primer lugar, falta a veces *calidad de vida evangélica a nivel personal*, precisamente por la ausencia de esa fe radical o de esa dimensión teológica que es lo que da sentido y proporciona motivaciones a esta vida. Llama la atención un lamento que es frecuente en quienes ejercen el liderazgo: se les va lo mejor de su tiempo y de sus energías en atender casos personales o, dicho con más precisión, en acompañar a personas con fuerte problemática personal. No sé si la depresión, enfermedad cada vez más extendida, es más frecuente en la población civil o en la religiosa. Lo que sí es cierto es que no está ausente de los monasterios, conventos y comunidades religiosas.

Vale la pena insistir: el problema fundamental de la vida religiosa hoy no es un problema moral. No faltan problemas en este sentido, pero en general se aprecia un nivel moral aceptable entre las personas religiosas. La falta de calidad de vida a nivel personal, tiene su origen en la falta de fe o en la debilidad de la fe, que redundan en falta de sentido o debilidad de sentido. Esa falta de calidad de vida acarrea no poco padecimiento y no poca tristeza, abundantes sufrimientos y a veces una larga pasión. Pero es de temer que esta pasión obedezca más al abandono del seguimiento de Jesús que a su fiel seguimiento. Se trata quizá de unos sufrimientos que aparecen en lo más profundo del alma, precisamente cuando desaparece la pasión por Cristo? Hay, en segundo lugar, otra fuente de sufrimientos o de pasión en la vida religiosa: los sufrimientos que tienen lugar a causa del debilitamiento de la

vida comunitaria, o de la baja calidad de la convivencia. Tampoco la vida religiosa puede preciarse hoy de la calidad de vida comunitaria, de la calidad de la convivencia en las comunidades. Parece compartir la crisis que afecta hoy a todos los grupos primarios e incluso a las comunidades naturales: la pareja, el matrimonio, la familia, la comunidad aldeana, incluso la amistad...

Cuando se rompieron los esquemas disciplinares y se abandonaron muchas formalidades monásticas, han quedado al descubierto serias grietas en la convivencia comunitaria. No sé si la convivencia es hoy mejor o peor que en los viejos tiempos de la comunidad clásica, de la disciplina estricta y la observancia regular. Lo que sí sé es que cuando falta la disciplina y la rígida estructura comunitaria, es absolutamente urgente la mística comunitaria. Quizá estuvimos acertados al liberarnos del excesivo formalismo comunitario: pero igual no hemos sido capaces de sustituirlo por la mística de la fraternidad evangélica.

Lo cierto es que hoy la calidad de la convivencia es baja y débil; esto es fuente de no pocos sufrimientos y tristezas. Muchos de los desánimos y desalientos personales, muchas de las soledades y de las tristezas hondas de los religiosos tienen su origen en la ausencia o la debilidad de la comunidad, en la escasa calidad de la convivencia y, en algunos casos, en graves problemas de convivencia.

Fue significativo en el Congreso sobre la Vida Consagrada que el reclamo más reiterativo de los representantes de la vida religiosa joven fuera precisamente el reclamo de una comunidad más cálida, más humana y más evangélica... La pasión o el sufrimiento producido por los problemas comunitarios no son fácilmente equiparables a la pasión de Cristo. Por el contrario, suelen ser el

resultado de un alejamiento de los caminos de Cristo, de una conducta ajena al Evangelio. “*Entre ellos hubo también un altercado sobre quién era el más importante*” (Lc 22, 24). Nosotros pagamos las consecuencias de nuestras propias infidelidades en forma de sufrimiento y de pasión. No acabamos de convencernos de que al destruir la comunidad nos destruimos a nosotros mismos o el hábitat en el que la vida adquiere sentido y es fuente de gozo y alegría.

Lo que sí puede ser y debe ser evangélico es la reacción a los problemas comunitarios existentes. En este sentido, hay religiosos que saben hacer de los problemas comunitarios una ocasión para el seguimiento de Cristo paciente. Reaccionar con mansedumbre, con paciencia, con perdón... ante los problemas comunitarios es una forma de aproximarnos a la pasión de Cristo, al siervo paciente de Yahvéh. Esta pasión comunitaria sí se parece a la pasión de Cristo.

A veces se interpreta muy mal la función santificadora de la comunidad. No hemos venido a la comunidad religiosa para santificarnos a base de padecer problemas comunitarios o a base de soportar una convivencia insoportable. Ni hemos venido a la vida religiosa para santificar a los demás haciéndoles sufrir. Esta interpretación tiene algo de sádica y masoquista. Una sana teología nos dice que la pasión así entendida no se parece en nada a la pasión de Cristo. Cristo no fue la causa directa de su pasión ni se empeñó en sufrir más de lo necesario.

En tercer lugar, otra fuente de sufrimiento en la vida religiosa hoy es la *misión* o, mejor dicho, *la falta de misión*. Tampoco aquí todo lo que hay de pasión y sufrimiento en la vida religiosa es producto de nuestra pasión por Cristo ni nos asemeja a Cristo en su pasión. Hay,

efectivamente, sufrimientos que nos llegan por la fidelidad en nuestra misión, como le llegaron a Jesús, a Pablo, a todos los predicadores del Evangelio. Pero hay otros sufrimientos que nada tienen que ver con esta fidelidad en el anuncio del Evangelio y en la misión pastoral. Más bien, son el resultado de un abandono de la misión o de una infidelidad en la misión.

Una de las razones de la acedia monástica para muchos religiosos es hoy precisamente el abandono de la misión. Todo ser humano tiene su misión en la vida, por muy modesta y humilde que ésta sea. Si la persona fracasa en su misión, su calidad de vida ha de ser escasa. Todo seguidor de Jesús tiene también una misión: vivir de acuerdo con el Evangelio y, al mismo tiempo, anunciar el Evangelio a la humanidad, con la palabra y con la vida. Esta es también una misión humilde y modesta, pero trascendental para la humanidad. La humanidad tiene derecho a que le sea anunciado el Evangelio. La vida religiosa es responsable del Evangelio ante la humanidad.

Debe ser maravilloso llegar al final de la vida con la sensación de la misión cumplida. Así lo viven muchas personas sencillas que terminan sus días con una sensación de plenitud: “*Misión cumplida; cuando Dios quiera*”. Pero es muy triste y doloroso mirar hacia atrás y ver que el tiempo ha quedado vacío, que la misión ha quedado sin cumplir. Ese vacío produce una sensación de vértigo, como quien se asoma al abismo. A medida que los años pasan y el final se acerca esta sensación de vértigo es mucho más dramática. En las enfermerías de las Congregaciones religiosas no faltan hermanos/as con una sensación de vacío, con una tristeza honda que deja tras de sí la misión sin cumplir. También aquí hay una verdadera pasión, pero apenas se parece a la pasión de Cristo, que terminó sus días con aquella

conciencia de misión cumplida: “*Todo está consumado. Inclino la cabeza y entrego el espíritu*” (Jn 19, 30).

Sólo dos razones suelen inducir a los religiosos y religiosas a comprometerse con la misión y con el trabajo apostólico. Una es la necesidad de ganar el pan con el propio trabajo, como cualquier mortal. Parece una motivación demasiado terrena y secular, pero es legítima. El trabajo es, para los religiosos y religiosas, una forma de practicar la pobreza evangélica, de solidarizarse con los pobres de la tierra. Pobres son los que tienen que trabajar para ganar el pan de cada día. Esa no puede ser la razón única ni última de nuestra misión evangelizadora, pero no debía faltar en cualquier religioso en edad y en condición laboral. Ganar el pan con el propio trabajo dignifica a la persona.

Algunas Congregaciones cuentan con un respaldo económico suficiente, de modo que sus miembros apenas tienen necesidad de trabajar para ganarse la vida. Pueden abandonar la misión, si no median otras razones que les impulsen al apostolado. Y el resultado de ese abandono es una sensación de vacío, una especie de vértigo existencial, que en nada se parece a la pasión de Cristo o a la pasión por Cristo.

La otra razón que induce a los religiosos y religiosas a comprometerse con la misión evangelizadora, en cualquiera de sus formas, es *el celo apostólico, la pasión por Cristo y la pasión por la humanidad*. Esta pasión se parece mucho a la pasión de Jesús por Dios y por el Reino de Dios; se parece mucho a la compasión que Jesús sentía por los que le seguían y por toda la humanidad. Pablo la formuló con una exclamación llena de dramatismo: “*Predicar el Evangelio no es para mí un motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ay de mí si no predicara el Evangelio!*” (1 Co 9, 15-16). Los sufrimientos

que van adosados a esa misión evangelizadora nos asemejan mucho a la pasión de Cristo, que cargó sobre sí nuestras debilidades y soportó la oposición de todos los que se resistían a su Evangelio.

¿Por qué hay tantos religiosos que apenas sienten pasión por la humanidad o compasión con la humanidad? ¿Por qué hay tantos religiosos que apenas sienten la necesidad de dar la vida por la causa del Evangelio? ¿Por qué hay tantos hermanos incapaces de disfrutar la misión, el encuentro personal, el ver a las personas crecer y madurar humana y cristianamente? ¿Por qué esa tristeza o ese vacío existencial que deja una misión no realizada o realizada a la fuerza? ¿Tiene algo que ver ese sufrimiento con la pasión por Cristo y por la humanidad?

### **3. La pasión de la vida religiosa en la actualidad y la pasión de Cristo.**

Hay otras situaciones de la vida religiosa que nos acercan más a la pasión de Cristo. Se trata, en primer lugar, de la pasión por Dios y por el Reino de Dios que anima a muchos religiosos. Se trata de la pasión por Cristo y por la humanidad, que es el motor de la vida y la misión para muchos religiosos. Esa es la pasión que animó también la vida y la misión de Cristo: la pasión que le llevó hasta la cumbre del Gólgota, que es la cumbre de su fidelidad en el amor, la consumación de su gran pasión.

Hay sufrimientos y pasiones que nos asemejan al Cristo paciente, al Siervo de Yahvéh, que nos asemejan a Cristo en su pasión y muerte. La verdadera pasión cristiana es el amor, pero la historia de Jesús y de sus seguidores y la historia de la misma humanidad dejan claro que no hay amor sin sacrificio, que no hay pasión de amor sin padecimiento. Al

final, el verdadero amor tiene que entregar la vida, tiene que derramar sangre. Por eso, el amor y el sufrimiento andan siempre de la mano.

En este contexto sería interesante una meditación sobre la secuencia de los milagros de Jesús en torno al agua, el vino y la sangre: en el primer signo realizado en Caná, Jesús convierte el agua en vino, que es el signo de la vida plena, de la fiesta, de la alegría...; en la cena de despedida Jesús convierte el vino en sangre, que es el signo de la plenitud de la vida, la consumación del amor.

La pasión por Cristo o el seguimiento apasionado de Cristo lleva adosadas unas renunciaciones que son necesarias para seguirle en plena libertad. Esas renunciaciones no pueden ser sin un costo de renunciación, de muerte, de negación de sí mismo, de dolor y sufrimiento, de control de esos instintos y pulsiones con los que los humanos asociamos la felicidad (Rm 6, 12-14). Los votos nos asimilan a la vida de Jesús y nos aproximan a su pasión.

El objetivo terminal de los votos no es, por supuesto, el sufrimiento, la negación, la ascesis, sino la *libertad*; pero esta libertad exige una lucha denodada para someter grandes pulsiones, los grandes instintos del ser humano a la soberanía del espíritu. Quizá a la vida religiosa le ha llegado el momento de comprender y recuperar el valor pedagógico de la ascesis. El seguimiento radical de Jesús nos exige estar libres de la idolatría de las riquezas, del instinto del placer como supremo valor, de la egolatría como suprema expresión de la autonomía. Todo lo que la pobreza, la castidad y la obediencia tienen de legítima renunciación es verdadera pasión o padecimiento cristiano, nos asemeja a la pasión de Cristo.

La crisis actual de la vida religiosa quizá tenga algo que ver con la renuncia a las renunciaciones. Hicimos bien en liberar a los votos de todo dualismo maniqueo, en

trascender su interpretación meramente ascética. Pero hemos minusvalorado la importancia de los mismos para un radical seguimiento de Jesús. Deberíamos meditar con frecuencia la escena de las tentaciones de Jesús (Mt 4, 1-11). Es de una densidad teológica y antropológica sorprendente.

La situación de precariedad en que se encuentra hoy la vida religiosa no puede ser sin sufrimiento. Pero, ¿cuáles de esos sufrimientos son el resultado de la fidelidad a la vocación? ¿Cuáles pueden ser traducidos en una vida más evangélica, en una mayor radicalidad evangélica? ¿Cuáles de esos sufrimientos nos aproximan a la pasión de Dios y nos asemejan más a la kénosis de Cristo?

La Cristología actual ha repetido sin cesar que la kénosis está en el centro del misterio de la salvación y de la redención. La figura del Siervo paciente de Yahvéh es la figura del Hijo obediente hasta la muerte, la figura del Mesías fiel. Por eso se ha hablado cada vez más, no sólo del Cristo Crucificado, sino también del Dios Crucificado. Pero esta misma Cristología ve todo el sufrimiento y la pasión que puebla el camino del Jesús terreno como el costo o la prueba de su fidelidad, no como el castigo a pagar por nuestros pecados y para nuestra redención. Se ha superado la lectura dolorista de la pasión y muerte de Jesús, para recuperar la lectura amorosa de las mismas. Esa pasión y muerte son el costo del amor. La pasión del sufrimiento es simplemente el resultado de la pasión del amor.

Estas claves cristológicas nos permiten discernir lo que hay de auténtica pasión cristiana en los padecimientos actuales de la vida religiosa, lo que hay de fidelidad en la actual crisis y precariedad de la vida religiosa, lo que hay de evangélico anonadamiento en la nueva situación de la vida religiosa. En esta

situación crítica que vive la vida religiosa, ¿qué sufrimientos, qué pasiones son costo y prueba de la fidelidad al Evangelio de Jesús y cuáles son producto de nuestra desidia y de nuestro abandono del Evangelio?

La vida religiosa se había acostumbrado al aplauso y al reconocimiento social en unos países tradicionalmente cristianos. Era fácil traducir ese reconocimiento social en términos de fidelidad al Evangelio o en términos de éxito apostólico; pero hoy sabemos que el reconocimiento social no equivale necesariamente a un alto grado de fidelidad al Evangelio ni a una segura fecundidad apostólica. No debemos engañarnos. Ese reconocimiento social es el resultado de una acomodación indiscriminada a los valores o antivalores al uso, que no siempre coinciden con los valores evangélicos. Ya Pablo había llamado la atención sobre este peligro a la comunidad cristiana de Roma: “No se acomoden al mundo, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad d Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rm 12, 2). Y a los de Corinto les advierte: “Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo” (Gal 1, 10).

A veces está más cerca del Evangelio quien se enfrenta a los valores, precisamente porque los valores, ideales e intereses de este mundo no suelen coincidir con los valores, ideales e intereses del Reino de Dios y su Justicia. En este sentido, es preciso discernir el actual momento de la vida religiosa y de los signos que la acompañan: la falta de prestancia y reconocimiento social, la debilidad institucional, la escasez vocacional, el no saber cómo anunciar y hacer presente el Evangelio en este mundo secular...

Si todos estos síntomas fuera el resultado de nuestra falta de calidad evangélica, serían síntomas preocupantes; pero si fueran ese estado de *kénosis*

por el que ha de pasar cualquier persona o comunidad que se convierte al Evangelio, entonces puede que estemos aproximándonos a la verdadera radicalidad evangélica.

En este segundo caso, la nueva situación de la vida religiosa nos permitirá comprender el valor evangélico de la *kénosis*, y nos permitirá también unirnos a la pasión y muerte de Cristo. Pueden ser estos momentos propicios para una espiritualidad evangélica de la *kénosis*. Aprender a morir carismáticamente -la famosa *ars mirandi*-. Aprender a mantenerse fieles en la pasión y en la prueba es un desafío que nos presenta hoy la *memoria passionis Jesu*.

Quizá ha llegado el momento de hacer una meditación profunda sobre la cristología de Hebreos: “*El cual habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aún siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia, y llegando a la perfección se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen...*” (Hb 5, 7-9). Este es el momento de cultivar la fe y la esperanza, cuando faltan las garantías humanas.

A la vida religiosa le pueden llegar hoy sufrimientos por empeñarse en mantener la fidelidad al Evangelio. Si carece de aplauso y reconocimiento social porque se abraza de nuevo a la pobreza evangélica como protesta contra la idolatría del dinero y de la acumulación de riquezas, sería muy buena señal de que andamos por los caminos del Evangelio. Si el sufrimiento y el rechazo llegan porque se apunta a la gratuidad en las relaciones personales como una protesta contra la cultura del comercio y la mercantilización de las personas, sería una muy buena señal. Si el sufrimiento y el rechazo llegan porque el celibato se

traduce en una opción de amor, como protesta contra la idolatría del sexo y la reducción de las personas a objetos de disfrute, sería una muy buena señal. Si el sufrimiento y el rechazo llegaran porque la opción de la vida religiosa es afectiva y efectiva por los pobres y excluidos, por la justicia, la paz, los derechos humanos..., sería una muy buena señal. Incluso si los sufrimientos y el rechazo llegaran por empeñarnos en vivir la vida comunitaria desde la gratuidad y el perdón, sería también una muy buena señal. Estos rechazos y estos sufrimientos serían pasiones muy cercanas a la pasión de Cristo.

La pasión de Cristo también fue el resultado de su misión; para los seguidores de Jesús los sufrimientos más evangélicos no son aquellos que se buscan con propósito ascético o sacrificial; son aquellos que llegan sin buscarlos, a causa de la fidelidad en el seguimiento y en la misión. Estas dos fidelidades nos permiten saber si verdaderamente estamos en el camino de Jesús, si nuestra pasión está asociada a la pasión de Cristo.

En este sentido, habría que preguntarse también a qué causas, fidelidades o infidelidades, responden hoy los sufrimientos de la vida religiosa. No es lo mismo padecer apasionadamente por un celo apostólico que nos lleva a vaciarnos en favor de los demás que padecer el vacío, la tristeza, la acedia que produce la ausencia de misión. De algunos apóstoles se dice que murieron exhaustos, agotados por la misión. Esto es unirse a la pasión de Cristo ya en vida. Pero está además el sufrimiento o los sufrimientos que nos suelen llegar a causa del anuncio del Evangelio y, sobre todo, a causa de la práctica del Evangelio. Pablo hace constantes referencias a esos sufrimientos (1 Cor 4, 10-13; 2 Cor 4, 8-12; 11,23-29). Porque el mundo, en el sentido del Evangelio de Juan (Jn 15, 18-27; 16,1-4) no puede tolerar

el Evangelio, es normal que los evangelizadores sean incomprendidos, rechazados, calumniados, perseguidos y hasta eliminados.

La vida religiosa está orgullosa de todos sus mártires, que lo han sido por defender la fe y, hoy especialmente, por defender la justicia y los derechos humanos o, mejor dicho, por defender a los pobres, a los excluidos, a las víctimas de la injusticia.

Estos son los sufrimientos que nos acercan más a la pasión de Cristo. Cuando el Evangelio se vuelve inocuo e insulso en nuestra boca o en nuestras vidas, cuando limamos todas sus aristas de forma que no incomode a nadie, desaparece la oposición a nuestro ministerio. Pero en ese mismo momento nos estamos alejando del camino de Jesús, también de su *via crucis*, de su pasión y de su muerte.

La compasión con la humanidad es la forma más radical de unirse a la pasión de Cristo. También Pablo de Tarso se presenta aquí como un modelo para los religiosos. Lleva en su cuerpo las señales de la pasión de Cristo (Gal 6, 17). Lleva en su alma la pasión por la humanidad o la compasión con la humanidad. “*¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?*” (2 Cor 11, 29).

La virtud de la compasión, tan injuriada durante las décadas postconciliares de militancia, ha vuelto a recuperar su crédito como virtud verdaderamente evangélica. Es una actitud que atraviesa toda la vida pública de Jesús y le lleva hasta su pasión en la Cruz. La historia de Jesús es una historia de compasión, como lo ha sido la historia de los grandes apóstoles cristianos.

La virtud de la compasión es como la concentración de todas las virtudes evangélicas: el amor, la identificación

con el prójimo, especialmente cuando está herido en el cuerpo o en el alma, la preferencia por los pobres y afligidos, la negación de sí mismo y la conversión al hermano... La compasión es válida para compartir alegrías y sufrimientos. Pero su prueba de fuego llega cuando hay que compartir sufrimientos, cuando hay que estar al lado del que padece.

Como la pasión de la humanidad hoy es tan dramática, intensa debería ser también la compasión de los religiosos con esta humanidad. Esto sí que nos asemejaría a la pasión de Cristo, que *"me amó y se entregó por mí"* (Gal 2, 20), *"nos amó y se entregó por nosotros"* (Gal 5, 2), quiso padecer por nosotros e incluso en lugar nuestro.

La teoría redentora de la sustitución puede ser jurídicamente discutible, pero tiene una hondura teológica y antropológica enorme.

La compasión suprema del ser humano llega cuando la persona está dispuesta a hacerse cargo del sufrimiento ajeno, cargar con él y dispensar al otro del sufrimiento. Los padres y las madres saben mucho de esto, sobre todo cuando les afecta la compasión de sus hijos.

¿Sabe también de esto la vida religiosa?  
¿Está tan afectada por la pasión del mundo que quiera hacerse cargo de ese sufrimiento, cargar con él y dispensar a la humanidad de tanto sufrimiento?

Esta sería la más auténtica imitación de Cristo, la unión a su pasión, el completar en nuestro cuerpo lo que le falta a la pasión de Cristo. *"Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, a favor de su cuerpo que es la Iglesia..."* (Col 1, 24)

Felicísimo Martínez, O. P.



## Celebrando la Vida

### Marzo

1	<b>60° Aniversario de Ordenación Sacerdotal del P. Egidio Parnisari</b>
6	8° Aniversario de Ordenación Sacerdotal del P. Celso Ramírez
7	9° Aniversario de Ordenación Sacerdotal del P. Cristóbal Díaz
28	91 Cumpleaños del P. Timoteo Pivato

### Ecos de vida

- El **P. Rubén Cabello Ramos S. J.**, entrañable amigo y extraordinario colaborador en la formación de nuestros Estudiantes de Teología, falleció en la Ciudad de México, el 10 de febrero 2007; le recordamos con afecto: Decía con motivo de sus 50 años de Jesuita: *“Señor Jesús, mientras camino contigo hasta que tengas a bien llamarme a la Casa del Padre, miro un poco hacia atrás a toda mi vida y el sentimiento que me llena es ante todo de asombro agradecido. Desde la clara conciencia de que todo ha sido un regalo totalmente gratuito, quiero decirte que eres un amigo fabuloso... Gracias por lo mucho que gratis me has dado, porque me has perdonado siempre mis muchas infidelidades, gracias por lo que has dado a otros a través de mi incompetencia; gracias por lo mucho que me has dado a través de los múltiples sacramentos de cariño... Estoy seguro que seguiremos juntos hasta el final”*.
- El 16 de febrero de 2007, Conmemoración Solemne de la Pasión, inició oficialmente **la comunidad pasionista en Brooklyn NY, USA**; participaron los religiosos de la Comunidad, Jim O’Shea, Superior; Kevin Dance, representante de la Congregación ante la ONU, Francisco López y Juan Arellano; el Consejo de la Provincia de San Pablo de la Cruz, Joseph Jones, James Price y Neil Tiedemann; Francisco Valadez de la Provincia de Cristo Rey y Religiosos de Jamaica y Riverdale NY. La Misa fue acompañada con mariachi. Los Provinciales Joseph y Francisco subrayaron en la homilía la importancia de este acontecimiento en el espíritu de la reestructuración que está viviendo la Congregación.
- **Canonización del Beato Carlos de San Andrés CP**: el 23 de Febrero de 2007 en la sala de Consistorios del Palacio Apostólico Vaticano, el Santo Padre Benedicto XVI ha tenido el Consistorio Ordinario Público para el voto de los Cardenales sobre las causas de canonización de 5 beatos, entre ellos el Sacerdote Pasionista Carlos de San Andrés. La ceremonia de Canonización se tendrá el 3 de Junio de 2007.
- Se celebró la **VI Jornada de Espiritualidad Pasionista** del 23 al 25 de febrero, teniendo como objetivos el situarse dentro de lo que es la Espiritualidad Cristiana; conocer las distintas expresiones que tiene la espiritualidad cristiana; reconocer, asimilar y practicar la espiritualidad pasionista como un modo de ser Iglesia; y hacer propósitos claros para vivir la espiritualidad pasionista. Participaron 45 personas.